



## ¿Qué es la Historia Teórica?

José Carlos Bermejo Barrera  
*Universidad de Santiago de Compostela*

*Resumen:* En este artículo se analiza el concepto de “historia teórica” como respuesta a la supuesta crisis historiográfica de finales de siglo. La Historia, desde el siglo XIX, había sido uno de los pilares del Estado-nación. Cuando éste se debilita, tras la Segunda Guerra Mundial, también la Historia pierde credibilidad frente a otras ciencias sociales. En este sentido la historia teórica –que no es una escuela historiográfica-, si bien no ofrece soluciones a la crisis, sí plantea problemas –su labor es la crítica del conocimiento histórico- que pueden ayudar a encontrar nuevos caminos. La historia teórica no será nunca una ideología, pero tiene un componente ético, los derechos humanos, que le da validez universal. La historia teórica sirve, además, para que la historia, que no es una ciencia, encuentre su propia identidad, diferente a la de las ciencias sociales.

*Palabras clave:* Historia teórica, Crisis de la Historia, Historia-Ciencias Sociales.

*Abstract:* This article analyzes the concept of “theoretical history” as a reply to the supposed historiographical crisis at the end of century. History, from XIXth century, had been one of the props of Nation-State. When this one is debilitated, after Second World War, History also loses credibility in front of others Social Sciences. Theoretical History –that isn’t a historiographical school- doesn’t give solutions to the crisis, but it poses problems –her work is the criticism to the historical knowledge- that can help to find new ways. Theoretical History won’t never be an ideology, but it has an ethical component, the Human Rights, with universal validity. Theoretical History also serves for History, that it isn’t a science, finds her own identity, different to the Social Sciences.

*Key words:* Theoretical History, Crisis of History, History-Social Sciences.

A primera vista la respuesta a esta pregunta es relativamente sencilla. La historia teórica es una propuesta realizada en una serie de libros<sup>1</sup>, que tratan de dar una respuesta a una supuesta crisis historiográfica que se habría venido desarrollando en los últimos veinte años.

No será nuestra intención resumir a continuación las líneas maestras de esa propuesta sino dibujar el lugar de la misma en el ámbito de los diferentes saberes, y sobre todo, aclarar cual es su relación con la actividad historiográfica que se desarrolla en el ámbito académico.

En el desarrollo de esta propuesta se establece una tesis, que podríamos llamar la tesis base, prescindiendo de la cual la propuesta perdería parte de su sentido. Dicha tesis podría formularse de la siguiente forma. Aunque la actividad historiográfica se ha venido desarrollando en Occidente desde la Antigüedad clásica, con más o menos oscilaciones, se puede establecer un corte cualitativo que podríamos situar a partir de la Ilustración, y sobre todo a partir del momento en el que se crean los Estados-nación, a comienzos del siglo XIX. Es en ese momento cuando la historia se configura como un discurso, es decir, como un sistema de enunciados que circulan en el conjunto de la sociedad de cada nación y que consecuentemente contribuyen a configurar la construcción social de la realidad. Estos enunciados se caracterizan por configurar un sistema de verdades relacionadas con el pasado de modo tal que establecen una identidad política, que, por una parte, se supone que capta una realidad preexistente, pero que, por otro lado configura también un modelo, al que, se supone han de ajustar su conducta todos los ciudadanos, o bien mayoritariamente los varones, que son los únicos que poseen plenamente los derechos de ciudadanía, y sobre los que recaen los deberes militares.

---

<sup>1</sup> Ver los siguientes libros de J.C. BERMEJO BARRERA: *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, Akal, 1983, en donde se lleva a cabo un esbozo de la propuesta, y *El Final de la Historia. Ensayos de Historia teórica; Replanteamiento de la Historia. Ensayos de Historia teórica II; Fundamentación lógica de la Historia; Entre Historia y Filosofía y Genealogía de la Historia. Ensayos de Historia teórica III*, todos ellos publicados en Akal, Madrid en 1987, 1989, 1991, y 1998 respectivamente.



Estos enunciados configuradores de la identidad social y política se caracterizan, y aquí residirá su novedad, por estar avalados por una comunidad profesional, la de los historiadores, que aparece ahora como dueña de un método que permite configurar la historia como ciencia. El estatuto científico de la historia será la gran novedad que se desarrollará en la Europa del siglo XIX, aunque curiosamente las técnicas sobre las que se basará dicho, método ya habían venido siendo desarrolladas desde el siglo XVII – al igual que la física matemática -, y tenían precedentes en la propia Antigüedad clásica.

Lo importante sin embargo no va a ser la efectividad de esas técnicas de datación y análisis de los documentos, sino el efecto retórico que poseerá la palabra ciencia. Frente al prestigio del pensamiento teológico, que había venido funcionando como instrumento de fundamentación del poder político desde la Antigüedad tardía hasta la Revolución francesa, la ciencia y el método científico se configuran como el único tipo de conocimiento de validez universal en la Europa del siglo XIX. Ello se explica debido al desarrollo de las ciencias experimentales y a su engarce progresivo con el desarrollo de la tecnología. Sin embargo en el caso de la historia no será su eficacia tecnológica la que la desplace hacia el terreno de la ciencia, sino básicamente la necesidad de encontrar una fundamentación del poder político y del Estado-nación desarrollada sobre una base laica. La Historia pasará así a crear unos nuevos sujetos: los pueblos, que serán sus protagonistas y quienes darán sentido a sus relatos. Dichos pueblos poseerían existencia real y la labor del historiador consistiría en trazar la ontología de su devenir, debiendo existir necesariamente una correlación entre pueblos y Estados. Cada pueblo debe tener su Estado. Esa es la situación ideal y cuando no se produce tenderían a desarrollarse procesos que estarían preordenados hacia ese fin.

La configuración de la historia como discurso no se hizo posible únicamente porque unas personas proclamasen su estatuto científico y comenzasen a aplicar sistemáticamente la crítica filológica. De lo que se trató fue de un gran proceso social en el que los enunciados de los historiadores se vieron refrendados por un proceso de reconocimiento social que abarcó desde el reconocimiento legal del patrimonio artístico y documental y su protección progresiva, con la creación de redes de archivos, bibliotecas y museos, hasta la implantación de la educa-



ción nacional, en la que, a la par del desarrollo del proceso de alfabetización, se introducen en la cabeza del niño una serie de nociones básica que le permiten reconocer la historia de su país e identificarse con ella.

De acuerdo con esta tesis el desarrollo de la historiografía a partir del proceso de instauración del discurso histórico debe verse como una unidad. Los historiadores gustan mucho de señalar lo novedoso de sus planteamientos y destacan con fruición lo que su obra supone de ruptura con la tradición anterior (siendo verdaderos maestros en este oficio de innovación los historiadores de la escuela de los Annales). De este modo el nacimiento de la historia económica o social, o de la historia de las mentalidades, o cualquier otra corriente vendría a suponer un corte radical con la historiografía académicamente establecida. En nuestra tesis, por el contrario, predomina la continuidad sobre lo discontinuo, y toda la historiografía occidental de los siglos XIX y XX podría contemplarse como una unidad, en tanto que toda ella se desarrolla en un mismo marco, el Estado-nación, con un mismo discurso social, y apelando a la misma retórica, la retórica de la ciencia.

Donde se situaría el corte sería en ese proceso no del todo definible, ya que sólo podría definirse *a posteriori*, que hemos llamado el final de la historia, y que nada tiene que ver con el “fin de la Historia” proclamado por Fukuyama. De acuerdo con él tendrían lugar los siguientes hechos. Por una parte entra en crisis el paradigma de la historia-ciencia, lo que vendría a ocurrir desde 1973 – tomado como fecha simbólica por la publicación de la *Metahistory* de Hayden White –, cuando tiene lugar el desarrollo del narrativismo, una teoría de la historia a la que los historiadores no han sabido oponer otra más coherente que no consista en repetir sencillamente el discurso anterior. Y por otro lado, a partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta 1989 tendría lugar un debilitamiento del Estado-nación debido a una compleja serie de factores como la globalización de la economía, la pérdida de protagonismo político y militar de los Estados individuales, frente a los grandes sistemas de alianzas, la globalización de los medios de comunicación y de los sistemas culturales, que progresivamente van imponiendo una pseudocultura planetaria. Y a todo ello habría que añadir un hecho jurídico y social, que consiste en la progresiva tendencia de los Estados contemporáneos a convertirse en



organismos administrativos y de gestión económica del Estado de bienestar, frente a las dimensiones más político-militares del Estado del siglo XIX.

Todo este proceso, esbozado en 1985<sup>2</sup>, antes del conjunto de acontecimientos que supuso la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética, con el consecuente renacer posterior de los nacionalismos, creo que puede verse todavía en acción en la actualidad. De acuerdo con él lo que ocurriría en el caso de la historia sería básicamente un proceso de pérdida de credibilidad social. Los historiadores son cada vez menos necesarios para justificar el Estado, que se justifica a sí mismo por su eficacia como gestor de los sistemas económicos y sociales. Además ese Estado administrativo y tecnocrático también posee otros "científicos" que racionalicen su existencia, como los sociólogos, politólogos y economistas que progresivamente arrinconan al historiador en este terreno, historiador que consecuentemente pasará a definirse como sociólogo, economista o politólogo retrospectivo, con no mucho éxito, puesto que el peso del presente sobre el pasado es cada vez mayor.

La historia se ve así relegada en su papel fundamentador y se introduce en los sistemas de consumo cultural<sup>3</sup> pasando a valorarse más el patrimonio y su exhibición que su estudio, al ser éste definido como un bien de consumo cultural para curiosos y turistas.

Todo ello tiene que traer como consecuencia la pérdida de peso social de la figura del historiador, el debate sobre la disminución del peso de la historia en los procesos de enseñanza obligatorias y consecuentemente una desorientación de los historiadores en su práctica historiográfica. Podrá afirmarse que esa desorientación es sólo relativa, ya que la historia académica continúa trabajando sólidamente. Sin embargo, el que los historiadores continúen trabajando normalmente en sus instituciones no es en modo alguno garantía de la no existencia de una crisis en la historiografía. El tomismo como filosofía

---

<sup>2</sup> Y publicado en gallego en 1986 en *O final da Historia. Ensaio de Historia Teórica*, Vigo, Xerais, 1986.

<sup>3</sup> Como ha señalado David LOWENTHAL en *The Heritage Crusade and the Spoils of History*, Cambridge, 1997 y en *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.



entró en crisis en el siglo XIV con el desarrollo del nominalismo, no obstante, siguieron existiendo filósofos tomistas. En todas las épocas de crisis de fundamentos en el ámbito de una determinada ciencia los científicos continuaron siempre trabajando dentro de la ciencia normal anterior, que sólo paulatinamente pasó a ser considerada como *caduca*.

Creo, pues, que puede afirmarse que sí hay una crisis de fundamentos en la historia, que la historia pierde credibilidad social como discurso – excepto en los Estados-nación emergentes que repiten el proceso que en Europa tuvo lugar en el pasado siglo –, mientras el patrimonio y los “bienes culturales” se procesan progresivamente como mercancías. Del mismo modo se produce igualmente una fragmentación del espacio histórico y surgen una serie de corrientes historiográficas, como la historia de la mujer los “gay studies”, que ya no aspiran a dar una visión global del proceso histórico, sino a enfocarlo exclusivamente a partir de un determinado problema, lo que es positivo, pero también síntoma de la incapacidad del discurso histórico para dar cuenta de las totalidades sociales.

Todo ello se denominó como un proceso de final de la historia. Un proceso abierto del que únicamente podrían adivinarse sus tendencias globales, pero no su fin, ya que un presupuesto del método que lleva a considerar a la historia como un discurso es que esos discursos forman parte de un proceso histórico y no son obra de la voluntad de los intelectuales o de los historiadores, en nuestro caso. El futuro histórico no es predecible, pues, ni en éste ni en ningún otro terreno. Por ello no podemos saber si la historia continuará existiendo, necesariamente bajo otra forma, o será sustituida por otro saber nuevo, como la filosofía sustituyó al mito o la propia historia a la teología política.

Como sujetos que desarrollamos nuestra actividad en la historia, sin embargo, poseemos una posibilidad de actuar. Y en este caso y refiriéndose a la actividad historiográfica se abren dos posibilidades. O bien seguir los caminos trillados y continuar haciendo la historia que produzca el mínimo reconocimiento académico, o bien tratar de ser conscientes de nuestra labor y profundizar en el sentido de la supuesta crisis, si no para buscarla una salida, sí al menos, para poder ser conscientes de ella.



Ante esta situación, así diagnosticada, se alza la propuesta de la historia teórica. ¿Cómo podría definirse? Vamos a hacerlo mediante una serie de tesis de carácter negativo, en primer lugar, para pasar después a formular otras tesis en positivo.

*1. La Historia teórica no es una escuela historiográfica.*

Desde el nacimiento del historicismo alemán han venido desarrollándose una serie de corrientes historiográficas, que pueden, o no, dar lugar a la plasmación de diferentes escuelas, en función de diferentes circunstancias de carácter político e institucional.

Todas estas corrientes y escuelas poseen en común la característica de que admiten la historia como discurso. Es decir, que consideran que la historia es el proceso de investigación del pasado a partir del estudio de los documentos; esos documentos que están a nuestra disposición nos permiten alcanzar un conocimiento suficiente del pasado, y por lo tanto conocer la realidad histórica, que, a su vez, puede ser expresada en los textos de los libros de historia.

Lo que diferencia a una corriente historiográfica de otra es la forma en que define la realidad histórica. Para un historicista esa realidad es básicamente político-militar e institucional; para un historiador económico y social, serían, por el contrario la economía y la sociedad los factores determinantes del devenir histórico, y por lo tanto los que expresan la esencia de esa realidad. El historiador de las ideas, por el contrario, o el de las mentalidades, insistirá en el peso de los factores mentales, mientras que los historiadores del género o de la ecología tratarán de llevar hacia otros lugares los factores determinantes.

La historia teórica, por el contrario, no aspira a captar la realidad histórica, (eso, en tal caso, sería labor de la historiografía), ni a definirla de una forma nueva u original. Todas las corrientes historiográficas, en efecto, han creído, en su momento ser originales y romper con la tradición anterior, ya sea proponiéndose por primera vez como historiadores científicos, como Ranke, o modulando el discurso histórico anterior. Se parte del principio de que los historiadores anteriores están siempre equivocados porque la realidad histórica no es lo que ellos



creían que era, sino otra cosa, a saber, lo que ahora se propone: la economía, las mentalidades, el género o la ecología. Pero se olvida que ambas escuelas, la vieja y la nueva, comparten sus presupuestos fundamentales.

La historia teórica pretende pasar del umbral del conocimiento dogmático al conocimiento crítico, entendidos los términos en el sentido kantiano. Las escuelas historiográficas son dogmáticas porque no ponen en duda la validez del conocimiento histórico como medio de captación y expresión de la realidad. La historia teórica pretende únicamente analizar las posibilidades y los límites del conocimientos histórico, lo que supone poner entre paréntesis su validez, aunque ello no obste para reconocerla posteriormente. La labor de la historia teórica es una labor transcendental en sentido kantiano, es decir, una labor de crítica del conocimiento. Y esa labor es necesaria debido a la existencia de una situación de crisis del conocimiento histórico, similar a la situación de crisis en la que encontraba la metafísica europea en la época de Kant.

Kant, por una parte, aparece como el liquidador de todas las metafísicas, pero por otra parte también sabemos que su intención última consistía en reconstruir la metafísica sobre una nueva crítica, tal y como intentaría vanamente hacer en su *Opus postumun*<sup>4</sup>. Algo similar podría ocurrir con la historia teórica, que por razones institucionales evidentes nunca podría ser llamada una escuela historiográfica.

Tampoco podría decirse que aspira a ser siquiera una tendencia, puesto que, como ya hemos dicho, no intenta servir como instrumento para conocer el pasado, sino para analizar el conocimiento mismo.

---

<sup>4</sup> Ver la edición y traducción de Félix DUQUE: *Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la física (Opus postumun)*, Barcelona, Anthropos, 1991.



2. *La historia teórica no pretende ser una “filosofía de la historia” y, por lo tanto ser dadora de sentido al proceso histórico.*

La filosofía de la historia nace de la pluma de Voltaire como un intento de secularizar la teología de la historia de Bossuet<sup>5</sup> y de hallar un sentido al devenir de la especie humana sobre la Tierra del que se pudiese dar cuenta en términos inmanentes, sin apelar a ningún poder divino que actuase como director de escena. Esta misma tradición será desarrollada por Turgot y Condorcet y continuará viva en Alemania con Kant y Hegel.

Sin embargo a partir de Hegel vendrá a producirse una innovación, y es que el filósofo entrará en liza con el historiador profesional, tal y como ilustra la polémica entre Hegel y Ranke. El historiador, por una parte, afirmará que su labor es básicamente descriptiva, mientras que el filósofo señalará el carácter insuficiente de la descripción e intentará encontrar sentido al devenir de los acontecimientos, buscando una lógica subyacente, como en el caso de Hegel, o unas leyes del devenir histórico, como en el caso de Comte y Marx, dos continuadores de la tradición ilustrada, que desarrollaron su actividad al margen del mundo académico de los historiadores, pero que pretendieron entender mejor que ellos el sentido del devenir histórico, y que consecuentemente intentaron cambiarlo orientando la acción política.

Podría pensarse que la historia teórica, en tanto que se sitúa más allá del discurso histórico, pretendiese trascenderlo y ofrecer, como en el caso de Marx y Comte, una visión del devenir histórico que superase ese discurso. Nada más lejos de sus posibilidades. La historia teórica considera que la única posibilidad de reconstruir el pasado en el momento presente estaría en relación con la labor historiográfica. No hay atajos hacia el pasado, superando el conocimiento de las fuentes, gracias a la filosofía, la sociología o el materialismo histórico. Todas esas aproximaciones hacia el pasado poseen una validez propia, al igual que la tenía la concepción agustiniana, defendida todavía por Bossuet. Pero no se trata en estos casos del desarrollo de un saber sobre el pasado que trascienda al conocimiento histórico, sino de una

---

<sup>5</sup> Ver VOLTAIRE: *Filosofía de la Historia* (1765), edición y traducción Martín Caparrós, Barcelona, Tecnos, 1990.



denuncia de sus limitaciones que debería llevar a su reformulación pero no a su supresión.

En efecto, cuando Hegel, Marx o Comte insisten sobre la importancia de los factores culturales, económicos o sociales en la historia están denunciando las limitaciones de la historiografía vigente exclusivamente centrada en lo político, y por lo tanto proponen por una parte su reformulación. Pero por otro lado también propugnan su sustitución, ya que todos ellos consideran que su filosofía correspondiente ofrece una visión del mundo completa, que es capaz de captar el sentido del devenir histórico de forma mucho más profunda que los historiadores.

La historia teórica no es una concepción del mundo, ni una corriente política e ideológica. Por eso no aspira a captar el sentido del devenir histórico ni a superar a la historiografía en este terreno. Por el contrario, reconoce que en cada momento histórico sólo es posible una forma de acercarse al pasado, ya sea el mito, la teología o la historia. En la Europa y el mundo Occidental de los siglos XIX y XX ese acercamiento al pasado tiene que tomar una forma aparentemente científica, que sería la historia en sus diferentes modalidades y escuelas, que puede siempre ser reformulada. Únicamente la historia puede aspirar a lograr el reconocimiento social de sus sistemas de enunciados. Las filosofías de la historia no pueden prescindir de ella, aunque denuncien sus limitaciones. En su denuncia lo que se achaca a veces a la historia es, en términos de Nietzsche, su carácter anticuario, su excesiva fidelidad a los datos y el no querer sacar consecuencias excesivas de ellos. Lo que se achaca al historiador, siguiendo también la lógica de Nietzsche, es su falta de compromiso, que sí estaría presente en el historiador monumental, tanto en el terreno político como en el vital.

La historia teórica propugna un cierto tipo de compromiso, pero no directamente político. Como hemos visto en la tesis anterior la historia teórica nace de una actitud crítica frente al conocimiento establecido y académicamente institucionalizado. Dicha actitud, en tanto que supone poner en duda la validez del conocimiento que producen determinadas comunidades académicas, puede resultar incómoda para éstas y dificultar consecuentemente la promoción dentro de las mismas de



aquel historiador que apareciese como practicante en exclusiva de esta disciplina, por otra parte estrictamente necesaria.

*3. La historia teórica necesita de un lugar específicamente definido.*

Anteriormente hemos establecido un paralelismo entre la filosofía crítica de Kant y la historia teórica. Partiendo de él podría llegar a pensarse que la historia teórica no es más que una parte de la filosofía, o más concretamente de la epistemología o filosofía de la ciencia, pudiendo la labor que esa disciplina exige ser desarrollada por un filósofo. Sin embargo esa afirmación debería ser matizada.

No se trata de resucitar ahora el viejo conflicto de las Facultades y de dictaminar los valores respectivos del historiador y del filósofo, sino de explicar cómo puede ser académicamente posible desarrollar la historia teórica.

En principio lo que parece claro es que un historiador dogmático, que posee una concepción de un método científico, y que crea estar en posesión de un método científico, no es la persona adecuada para desarrollar esta labor, puesto que es incapaz de poner entre paréntesis su disciplina, y por lo tanto de plantearse los límites y las posibilidades de su validez. Dicho tipo de historiador cuando se dedique a la "metodología de la ciencia", por ejemplo, hará apelaciones genéricas a la noción de ciencia y se limitará a sistematizar las técnicas y recetas que permiten producir un conocimiento supuestamente científico.

Por otra parte tendríamos al filósofo. Aquí sería muy difícil generalizar, ya que la diferencia entre escuelas posee una importancia fundamental. No es lo mismo un analítico que un marxista o un heideggeriano. Pero sí son similares todos los filósofos académicos, es decir, todos aquellos que consideran que la filosofía es un *saber* más o menos bien constituido, que puede adquirirse mediante una determinada licenciatura. Tal tipo de filósofo puede interesarse por la historia de dos maneras: o bien, si es filósofo de la historia, puede hacerse preguntas sobre su sentido, lo que tiene su lógica, pero es ajeno a la historia teórica, o bien si es un analítico o un filósofo de la ciencia, puede pretender estar en la posesión de un método que le puede permitir



juzgar tanto a la física como a la biología o a la historia, sin poseer necesariamente formación específica en ninguna de esas “ciencias”.

Este tipo de filósofo puede realizar aportaciones al campo de la teoría de la historia y de la historia teórica, en principio porque posee una actitud crítica ante el conocimiento, pero dicha actitud no le servirá de mucho si no se esfuerza por lograr una formación en el campo concreto de la historia y no conoce cómo trabajan realmente los historiadores. Dicho en términos de la filosofía de la ciencia actual, el filósofo deberá desarrollar un trabajo de tipo *etnometodológico*, observando lo que realmente los historiadores hacen y leyendo sus textos, y no limitándose a manejar las concepciones de la historia adquiridas en su bachillerato. En este sentido por ejemplo, es muy curioso observar la concepción de la historia que manejan muchos filósofos analíticos anglosajones, que hace referencia a una historia de tipo exclusivamente político más característica del pasado siglo que del presente. Y en este sentido hay que valorar también los esfuerzos de Paul Ricoeur por estar al día historiográficamente en su *Temps et récit*.

No se trata ahora de dilucidar quién es mejor, si el filósofo o el historiador a la hora de hacer historia teórica. La situación ideal es crear un híbrido entre filósofo e historiador. Una persona que posea una formación en ambos campos, porque suele ocurrir muchas veces que en el desarrollo de la historia teórica un problema historiográfico y una vieja cuestión filosófica se hacen idénticos, como hemos puesto de manifiesto en nuestros libros numerosas veces.

Ese híbrido, sin embargo, trabajaría en un campo propio que posee unos problemas específicamente definidos, que serían todos aquellos relativos al conocimiento histórico.

#### *4. La relación de la historia teórica con la historia no es la misma que la de las diferentes ciencias con la filosofía de la ciencia.*

Es un hecho evidente en el mundo contemporáneo que los científicos no poseen en su mayor parte, ni necesitan poseer, conocimiento filosófico alguno para poder trabajar en el ámbito de su especialidad. Los científicos poseen una filosofía espontánea de la ciencia, que



suele ser muy inductivista<sup>6</sup>, pero no están al tanto de las corrientes actuales de la filosofía de la ciencia.

La propia filosofía de la ciencia actual ha renunciado a ser la orientadora de la investigación científica, puesto que cada ciencia posee un método y un lenguaje propios que le permiten reproducir autónomamente sus conocimientos. La filosofía de la ciencia es un saber que se desarrolla básicamente tomando como modelo las ciencias físicas, a partir de las cuales pretende hacer generalizaciones – la filosofía de las matemáticas es un problema a parte -, sobre el método científico.

Lo que ocurre en la actualidad es que la propia idea de método científico ha entrado, en cierto modo, en crisis, al reconocer los filósofos de la ciencia que el problema de los criterios de demarcación, es decir, de aquel conjunto de criterios que nos permitan diferenciar a la ciencia de lo que no lo es, no posee una solución fácil. La labor de la filosofía de la ciencia más que hacer generalizaciones sobre el método científico consistiría cada vez más en describir la estructura de las teorías científicas (en la concepción estructuralista) o en observar los métodos con los que los científicos producen conocimiento (en la concepción etnometodológica)<sup>7</sup>. De cualquier modo la filosofía de la ciencia es un saber de segundo nivel. Si las ciencias son lenguajes más o menos bien hechos que nos permiten describir el mundo, la filosofía de la ciencia es un metalenguaje, cuyo objeto de estudio son ese lenguaje mismo. Al considerarla así, y teniendo en cuenta la arbitrariedad del signo lingüístico, establecida por Ferdinand de Saussure, podríamos señalar que los referentes de la filosofía de la ciencia no son los fenómenos – objetos de estudio de las distintas ciencias, sino las palabras que los mismos científicos utilizan.

Las diferentes ciencias pueden sobrevivir perfectamente sin la filosofía de la ciencia porque su existencia está perfectamente justificada. Las ciencias de la naturaleza están hoy en día indisolublemente unidas al desarrollo de la tecnología, y la tecnología no necesita ser justifi-

---

<sup>6</sup> Como puso de manifiesto Louis ALTHUSSER: *Curso de filosofía para científicos*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985 (París, 1974).

<sup>7</sup> Ver José A. DÍEZ y C. Ulises MOULINES: *Fundamentos de la Filosofía de la Ciencia*, Barcelona, Ariel, 1997.



cada porque produce directamente beneficios económicos y proporciona poder militar. Rentabilidad, eficacia y tecnología son tres términos íntimamente vinculados. Las justificaciones que la filosofía de la ciencia pudiese proporcionar a mayores servirían para destacar aún más otro aspecto importante que la ciencia posee en la sociedad actual: su aspecto *ideológico*.

En nuestro mundo el conocimiento científico aparece como el único tipo de conocimiento posible. Todo aquel conocimiento que consecuentemente aspire a tener validez simplemente debe poder ser encajado bajo esa etiqueta – no aspirar a cumplir las normas de un cierto método que resulta imposible de definir -. Pero estar bajo esa etiqueta posee un efecto importante, y es que el conocimiento científico se convierte en un argumento de autoridad. En el campo tecnológico la autoridad sin más no vale, porque tiene que estar subordinada a la rentabilidad y la eficacia, pero en el campo social y político la autoridad sí que pasa a desempeñar un papel fundamental cuando las ciencias médicas justifican determinadas políticas sanitarias, o la economía y la sociología determinados programas y políticas económicas y sociales. Nos acercamos ahora ya al terreno de la historia.

Cuando un historiador afirma que la historia es una ciencia no está produciendo un enunciado descriptivo del tipo: todos los cuervos son negros, sino un juicio de valor. De hecho no deja de ser curioso que esa necesidad de reafirmar periódicamente el estatuto científico de su disciplina – tan cara al historiador – no aparece compartida por físicos o matemáticos, que no necesitan nunca afirmar que lo suyo sea una ciencia. En todo caso se dedicarán a pedir más recursos económicos para las ciencias.

Si el historiador afirma que lo suyo es una ciencia es para justificar su valor, lo que sólo es necesario si alguien duda de él. Y reconocer ese valor es importante para él, no sólo para lograr un reconocimiento social de los enunciados que produce, sino también para imponerlos con autoridad, autoridad que él mismo busca, pero que también la sociedad demanda, en tanto que, de acuerdo con nuestra tesis, la historia es un instrumento fundamental para justificar la existencia del Estado-nación.



La relación de la filosofía de la ciencia con la historia es, pues, mucho más compleja que en el caso de las ciencias naturales. El carácter científico de la historia no es un hecho indudable, como en el caso de la física, y la filosofía de la ciencia una reflexión sobre ese hecho. El carácter científico de la historia es un *desideratum*, una aspiración del historiador, que lleva a cabo enunciados performativos, pensando que si dice muchas veces que la historia es ciencia, automáticamente llegará a serlo. Si en el caso de la ciencia y la filosofía de la ciencia el filósofo se limitaba a reflexionar sobre un hecho a través de un discurso que le es ajeno, en el caso de la historia, por el contrario, el historiador demanda al filósofo que con su discurso cree un hecho. Se trata de pedirle que demuestre que la historia es una ciencia, o que es igual a las demás ciencias, o quizás que ya nada es ciencia, y que por lo tanto todos somos iguales en esa noche donde todos los gatos son pardos – éste es el argumento que muchos historiadores utilizaron cuando con el desarrollo de la mecánica cuántica la ciencia física renunció al determinismo y la causalidad -.

El historiador necesita de la filosofía de la ciencia. Necesita que le diga que hay un método científico y que la historia cumple con los requisitos que éste exige, que puede ser englobada en el conjunto de las ciencias hermanas y es merecedora, por lo tanto de la misma respetabilidad académica. Se produce así una situación curiosa. Mientras que entre el científico y el filósofo de la ciencia, quien posee el reconocimiento y el prestigio es el científico, siendo el filósofo su subordinado en el caso del historiador, quién posee más autoridad es el filósofo, pues puede darle ese marchamo que el epistemólogo parece dispuesto a ofrecer a quien se lo quiera comprar. De este modo el historiador, que siempre aparece como persona empírica, apegada a los datos y los documentos y poco dada a la especulación filosófica, necesita de la autoridad del epistemólogo para poder ejercer su retórica, en la que mediante el hechizo de los enunciados performativos, cree lograr convertir a la historia en una ciencia.

La historia teórica planteará esta relación de una forma diferente. En primer lugar, y dado que adopta una postura crítica ante el conocimiento histórico, no partirá del principio de que éste está constituido como ciencia y, por lo tanto, dotado de un método de validez universal. En segundo lugar la historia teórica es consciente de que el histo-



riador utiliza el término ciencia buscando un efecto retórico y tendrá que dar cuenta de ese efecto y de las razones de su uso. Pero es que, además de ello, la historia teórica tampoco reconoce la validez de la filosofía de la ciencia como una disciplina que puede otorgar discrecionalmente la etiqueta de científicidad a una determinada disciplina, ya que la historia teórica no se sitúa en el lugar de la historia y frente a la filosofía, como ocurre en el caso del historiador convencional, sino en un lugar en donde la historia y la filosofía confluyen.

La historia teórica puede dar cuenta del estatuto epistemológico de la historia, partiendo del análisis de la misma y de los resultados de la filosofía de la ciencia. Pero mientras que el científico no necesita para nada de la filosofía de la ciencia, el historiador, por el contrario, si no quiere caer en la retórica de la historia-ciencia, avalada por la epistemología, necesita de la historia teórica precisamente porque el estatuto de la historia es problemático, mientras que el estatuto de las ciencias no lo es.

*5. La historia necesita la historia teórica o una disciplina equivalente, si no quiere quedar reducida a ideología o perder su sentido.*

Ninguna disciplina puede dar cuenta de sí misma. En el caso de las ciencias formales, como las matemáticas, si partimos de un sistema axiomático, a partir del cual se desarrolla una determinada materia, veremos que esa misma materia no puede dar cuenta del sistema de axiomas del que depende. Los axiomas son convencionales y a partir de ellos se produce el conocimiento, pero ese conocimiento depende de ellos, y por lo tanto no puede dar cuenta de los mismos.

Si esto es cierto en las ciencias formales, algo similar podríamos decir que ocurre en las ciencias de la observación, como la física, que por una parte dependen de un lenguaje matemático, y por otra de un sistema convencional de fenómenos, que serán los que constituyen su campo de estudio. Esta imbricación entre el lenguaje matemático y el sistema de fenómenos consigue crear la impresión de que existe una armonía preestablecida entre el reino del pensamiento y la observación del universo, por lo que la ciencia parece adquirir validez universal. Newton crea el cálculo de fluxiones para desarrollar los *Principios matemáticos de la filosofía natural*, y es la concordancia entre



ese método y los resultados de la mecánica y la astronomía lo que consigue crear el sistema de la ciencia moderna. Pero Newton no podía dar cuenta de los principios en los que se basaba su mecánica, como su noción de masa, o sus nociones de espacio y tiempo y su noción de simultaneidad. Habrá que esperar a Einstein para poder comprobar el carácter convencional de esas nociones relativistas.

Las ciencias no pueden dar cuenta de sí mismas, pero funcionan. Con la gravitación newtoniana Halley pudo predecir el retorno de su célebre cometa y Leverrier descubrir la existencia de Neptuno. Y con la teoría de la relatividad Einstein predijo la existencia de los agujeros negros muchos años antes de que se tuviese de ellos la mínima confirmación experimental. La relatividad así comenzó siendo una teoría meramente especulativa, siendo sólo aceptada como una teoría física normal cuando los desarrollos experimentales parecían concordar con ella<sup>8</sup>.

La historia no funciona, ni predice el retorno de los acontecimientos como el de los cometas. Como las demás ciencias tampoco puede dar cuenta de sí mismas, y ello tampoco importa si encuentra credibilidad social. Pero si encuentra credibilidad social es porque está actuando como ideología y consecuentemente el historiador asume básicamente ese papel de ideólogo. Si es el que le corresponde no habría ningún problema. Pero ello parece no ser así. Muchos historiadores han asumido gustosamente ese papel. Recuérdese el lema de los *Monumenta Germaniae Historica* según el cual el principio del conocimiento es el amor a la patria. Pero también otros muchos han denunciado esa labor.

En el pasado siglo la función ideológica del historiador es bien clara en casos como los de Michelet<sup>9</sup>, Ranke<sup>10</sup> o la Escuela histórica

---

<sup>8</sup> Sobre este proceso ver Clifford M. WILL: *¿Tenía razón Einstein?*, Barcelona, Gedisa, 1989 (Nueva York, 1986).

<sup>9</sup> Sobre él ver Eric FAUQUET: *Michelet ou la gloire du professeur d'histoire*, París, Editions du Cerf, 1990.

<sup>10</sup> Acerca de Ranke debe consultarse Leonard KRIEGER: *Ranke. The meaning of History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1977.



prusiana<sup>11</sup>. Todos esos historiadores eran patriotas fervientes y sinceros y ponían su saber al servicio de su país. Pero también justificaban las guerras entre naciones y las desigualdades sociales, como vendrían a poner de manifiesto Marx y tantos otros, que vendrían a anteponer a la solidaridad con la patria la solidaridad de clase.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, y después de los horrores del nazismo y el fascismo, y debido también a la transformación del Estado de la que habíamos hablado la historia pierde parte de su función patriótica, y más que justificadora del Estado-nación se convierte en justificadora del Estado administrador, cultivando nuevas disciplinas como la demografía histórica o la historia económica y social. El historiador se convierte en ideólogo *light*, pero también reivindica una función crítica, siguiendo las huellas de Marx. Dicha función puede, a su vez, ejercerse de dos maneras. O bien a partir de un método “científico” que permite analizar la realidad social y la historia y orientar la acción política; o bien ejerciendo la labor crítica de la misma historia. Los resultados de la primera propuesta se verán puestos en duda por su aplicación real en la URSS y los países del Este<sup>12</sup>, por lo que queda abierta la segunda vía.

Frente a la postura desarrollada por Marx la otra vía se caracteriza por no poseer un programa de acción política, pero ello no la deslegitima en modo alguno. En primer lugar porque el programa de acción política de Marx se vio refutado por sus aplicaciones. Y en segundo lugar porque no todas las disciplinas filosóficas o históricas deben llevar anejo un programa político explícito, ya que la acción del historiador y la del político no tienen porque coincidir.

El problema que se plantea para el historiador si no quiere ejercer la función de ideólogo, lo cual sólo será posible dependiendo, entre otras cosas, de las circunstancias políticas – en los sistemas políticos no democráticos resulta claramente imposible no ejercer esa función

---

<sup>11</sup> Vid. Robert SOUTHARD: *Droysen and the Prussian School of History*, Lexington, Kentucky, 1994.

<sup>12</sup> En este sentido ver François FURET: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995 (París, 1995).

dentro del marco de las instituciones académicas -, es el de definir su función. En efecto, ¿qué sentido puede tener la historia si se sitúa al margen del Estado-nación o de las luchas sociales y políticas concretas?

Los historiadores gustan de afirmar que la historia es básicamente descripción (hoy en día se diría más bien narración). Sin embargo los enunciados históricos nunca son meramente descriptivos, sino que poseen un componente valorativo innegable. Este componente se halla presente desde el momento en el que el historiador escoge una determinada ontología histórica. Si decide hablar de reyes, generales y obispos y hacer la crónica de sus alianzas y juegos políticos y militares es que asume como válidas el conjunto de esas relaciones de poder. Describir una batalla desde la perspectiva de un general es asumir la perspectiva del general; escoger la perspectiva del soldado puede dar una visión de la batalla y de la guerra radicalmente distinta, que puede, entre otras cosas, llevar a dudar de su racionalidad, la que el general defiende. Del mismo modo resulta difícil trazar la crónica del movimiento obrero si no es desde la perspectiva de los trabajadores. La ontología lleva, pues, implícita una opción moral y política. Pero, si ello es así, podría deducirse como consecuencia que el historiador, en contra de lo que afirmamos, tiene que estar siempre encardinado en un movimiento político. Sin embargo ello no es cierto si tenemos en cuenta el papel que el *entusiasmo* juega en la configuración del conocimiento histórico.

El principal teórico del entusiasmo ha sido Inmanuel Kant<sup>13</sup> Según él el entusiasmo es un sentimiento moral que nace no de la acción moral misma en la que podemos actuar como sujetos morales, sino de la contemplación de la acción moral de los demás y sobre todo de la contemplación de las acciones colectivas. Al describir un conjunto de acontecimientos históricos el historiador no puede tomar la misma actitud de distanciamiento que el entomólogo, sino que los hechos descritos suscitan en él necesariamente algún tipo de sentimiento, que puede ir de la admiración, en sus distintos grados, al rechazo o incluso

---

<sup>13</sup> Sobre este tema ver mi *Fundamentación Lógica de la Historia*, Madrid, Akal, 1991 y Jean-François LYOTARD *El entusiasmo. Crítica Kantiana de la Historia*, Barcelona, Gedisa, 1987 (París, 1986).

al asco<sup>14</sup>. El entusiasmo es así un componente del conocimiento histórico. El conocimiento histórico posee, pues, una raíz moral, pero no en tanto que el historiador actúe como una persona más inmersa en el proceso histórico, sino en tanto que el historiador es su espectador. Ese componente moral es indisoluble del componente gnoseológico, y ello es, entre otras cosas, lo que diferencia al conocimiento histórico del conocimiento científico.

Un científico puede describir el calentamiento y posterior colapso de una estrella en términos meramente termodinámicos. Pero si esa estrella es nuestro Sol y la consecuencia de ese proceso es el fin de la vida humana sobre la Tierra, ningún historiador ideal que pudiera trazar la crónica de ese proceso lo podría describir en términos absolutamente neutrales. En historia conocer y describir es a la vez valorar, como hace ya mucho tiempo señaló Heinrich Rickert<sup>15</sup>. Al margen de todos los sistemas de valores la historia no tendría sentido, sencillamente porque entonces no tendría ningún interés el recordar nada, y consecuentemente el contarlo. Un guijarro no tiene historia, al menos que sirva para ilustrar leyes o procesos de carácter universal, y en ese sentido ese guijarro sería igual a cualquier otro, como cualquier átomo de hidrógeno es igual a cualquier otro. Si en historia se trata de valorar lo singular, tanto a nivel individual como colectivo, es porque en ella de lo que se trata es de estudiar las acciones de los seres humanos, y el juicio de esas acciones siempre ha de ser un juicio moral.

Ello no quiere decir que el historiador haya de dictaminar si los hechos del pasado fueron o no morales, sino de captar esos hechos como humanos, y por lo tanto como intrínsecamente éticos. Al estudiar esos hechos el historiador se encontrará con que en ese proceso se enfrentan dos sistemas de valores morales: el de su propia cultura y el de la cultura que estudia, cuando no es la suya propia. En su proceso de valoración el historiador podrá consecuentemente adoptar dos posturas, o bien reafirmar sus propios valores, que es lo que hasta ahora

---

<sup>14</sup> Sobre este sentimiento ver William Ian MILLER: *Anatomía del asco*, Madrid, Taurus, 1998 (Harvard, 1997).

<sup>15</sup> En *The limits of concept formation in natural science. A logical introduction to the historical sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986 (1902).



viene haciendo la mayoría de los historiadores, en tanto que ideólogos, o relativizarlos en su contraste con los valores ajenos. Pero esa segunda posibilidad no tendría sentido si, a su vez, el historiador no dispone de otro sistema de referencia de validez universal mediante el cual pueda llevar a cabo esa confrontación. Dicho sistema, por estar por encima de todas las plasmaciones culturales concretas, será muy difícil de definir, pero tenemos una aproximación a él a través del conjunto de ideas que forma la Declaración Universal de los derechos humanos.

Es partiendo de esa perspectiva como el historiador puede desarrollar su actitud crítica al margen de los movimientos políticos concretos, lo que es lógico si tenemos en cuenta que la función del historiador es describir y analizar, y la de los movimientos políticos actuar. Esta perspectiva, sin embargo, sí que supone un compromiso moral y la renuncia, en buena parte, a la función ideológica de la historia, y es únicamente a partir de ella como se podría fundamentar una toma de postura a la vez gnoseológica y ética que pueda otorgarle sentido a la labor de hacer historia dejando a un lado sus componentes ideológicos.

De todo ello no se deduciría que la postura de quien practica la historia teórica sería la única moralmente correcta, pues eso supondría caer en la misma trampa en la que caen la mayor parte de los historiadores. En efecto, cada historiador que lleva a cabo una toma de postura política considera que su opción es la más adecuada, piénsese en los historiadores nacionalistas del siglo pasado y de éste, o en los historiadores marxistas, cuyo *parti pris* fue teorizado por G. Lukács<sup>16</sup>, o en los historiadores nazis, que, aunque equivocado, también asumieron un compromiso ético. Quien practica la historia teórica no puede alzarse sobre todos los historiadores terrenales y comprometidos como Zeus se alzaba sobre los hombres desde el Olimpo. Simplemente adopta una postura moral y política, que sólo puede ser mantenida en una sociedad democrática, en la que se reconozca el pluralismo político y en la que se conciba que la crítica de las estructuras económicas

---

<sup>16</sup> En *Historia y consciencia de clase I y II*, México, Grijalbo, 1969 (Berlín, 1923). Sobre su vida, indispensable para comprender su compromiso político, que es de lo que estamos hablando, ver Arpad KADARKAY: *Georg Lukács. Life, Thought and Politics*, Cambridge, Basil Blackwell, 1991.

y sociales y del poder político establecido son funciones indispensables para el funcionamiento del sistema constitucional y sin las cuales no tendría sentido el ejercicio del derecho al voto.

Naturalmente ese conjunto de valores constitucionales es indisoluble del sistema de los derechos humanos, y el practicante de la historia teórica deberá luchar para su mantenimiento, o para su conquista, en caso de que no estén implantados, al igual que un ciudadano más.

*6. La historia teórica es indispensable para la historia porque ésta no puede constituirse como ciencia.*

Desde el pasado siglo y a través de las obras de Auguste Comte y Karl Marx viene desarrollándose la idea, todavía en vigor en la actualidad, de que puede existir una ciencia de la sociedad, que se situaría en la cumbre de la pirámide de las ciencias y vendría a sustituir en gran parte el papel que tradicionalmente habría desarrollado la filosofía, al liquidar, en el caso de Comte y Marx, el papel de la metafísica. Dicha ciencia puede ser la sociología o física social comtiana, el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, en el marxismo canónico, que no en Marx, y la historia sin más en la visión braudeliana y de la escuela de los Annales.

Esta ciencia social se caracterizaría, además de porque puede explicar el presente y el pasado de la especie humana, porque puede dar cuenta de sí misma, siendo a su vez ciencia y epistemología, y porque puede orientar la acción moral y política de los seres humanos, sustituyendo así la reflexión ética y asumiendo un papel que durante mucho tiempo correspondió a la religión. Todas estas pretensiones, en el caso de Comte, quedaron muy claras cuando completó su *Curso de filosofía positiva* con un *Sistema de política positiva* y acabó publicando su *Catecismo positivista*<sup>17</sup> y creando una religión de la humanidad para la que tomó como modelo a la religión y a la Iglesia católicas, a las que siempre admiró.

---

<sup>17</sup> Ver la edición española del mismo por Andrés BILBAO: *Catecismo positivista*, Madrid, Editora Nacional, 1982.



El carácter menos sistemático y la azarosa vida de Karl Marx le impidieron desarrollar un sistema similar al comtiano – suponiendo que en la última etapa de su vida hubiera querido hacerlo, lo que parece más que dudoso –, pero a partir de su pensamiento, y sobre todo del de Engels, los intelectuales de la antigua URSS y sus países limítrofes se encargaron de realizar una labor similar.

En el caso de Braudel y los *Annales* esa pretensión se vio frenada por ser todos los historiadores de esta escuela meramente profesores de historia, con o sin compromiso político (piénsese en las figuras de Leroy-Ladurie y Furet que abandonan su pasada militancia comunista), y quedar reducidas sus pretensiones al ámbito de lo académico o a la difusión masiva de sus obras. Sin embargo, en el fondo, la idea sigue estando ahí.

La historia no puede constituirse como ciencia por dos razones. En primer lugar porque carece de un lenguaje de validez universal, como las matemáticas en el caso de la física, y en segundo lugar, y sobre todo, porque no es capaz de formar conceptos. Todas las ciencias se constituyen a partir de la creación de un sistema de conceptos que han de ser: a) universales, b) singulares y c) formulables o enunciables. Toda ciencia surge a partir de un proceso de simplificación y abstracción, como la reducción del mundo físico a *res extensa*, que permitiría el nacimiento de la mecánica moderna, en el que se crean una red de conceptos generales que pueden dar cuenta de una innumerable cantidad de fenómenos.

En el caso de las ciencias sociales, y especialmente de la economía, la más formalizada de todas ellas, el proceso se llevó a cabo tomando como modelo a las ciencias naturales<sup>18</sup>. Pero en aquello en que triunfa la economía fracasa la historia. La economía trabaja con una serie de magnitudes muy pequeñas: precios, costes, salarios. Todas estas magnitudes son además cuantificables y sus interrelaciones son susceptibles de ser sometidas a un tratamiento matemático, en el que

---

<sup>18</sup> Sobre este proceso ver el conjunto de trabajos recogidos por I. Bernard COHEN en “The Natural Sciences and the Social Sciences. Some Critical and Historical Perspectives”, en *Boston Studies. Some Critical and Historical Perspectives*, vol. 150, Boston, 1993. Así como el libro de Bruce MAZLISH: *The Uncertain Sciences*, Yale, Yale University Press, 1998.

residen algunos de sus logros. Sin embargo, y a pesar de ello, la ciencia económica es incapaz de establecer predicciones a largo o medio plazo, debido, entre otras cosas, al peso que en la economía poseen los factores extraeconómicos. Los economistas pueden comprender el valor del cambio de las mercancías, pero su valor de uso en la mayor parte de los casos se les escapa (¿por qué consumimos pollos y no gatos?). Son en muchos casos esos factores los que impiden que la economía pueda constituirse como ciencia.

En el caso de la historia con encontramos con que el número de magnitudes que entran en funcionamiento es mucho mayor que en el de la economía, y no sólo eso, si no que la mayor parte de ellas ni siquiera se pueden conceptualizar porque son magnitudes o variables borrosas (piénsese en los avatares de un concepto como el de clase). El historiador trabaja con demasiadas variables, en realidad muchas veces no sabe con cuantas, no las puede enumerar ni conectar con un lenguaje de validez universal. El historiador además *narra*, y como ha quedado claro desde Hayden White, la narración impone sus reglas y su lógica propia a los acontecimientos, a los que, en realidad, muchas veces crea. Con estas condiciones pretender configurar a la historia como ciencia es una labor destinada al fracaso. Pero cabe todavía una posibilidad que consiste en otorgarle *status* científico a la historia partiendo de una determinada ciencia social ya constituida.

Este sería el caso de la economía o de la sociología. Pero en ambos casos ello supondría reducir el conjunto de todos los fenómenos históricos a un único ámbito, al que, por supuesto, se considerará como el más importante: el “determinante en última instancia”. Naturalmente dichas reducciones sólo podrán convencer a los ya convencidos, ya que ni la economía puede explicar los fenómenos sociológicos, ni la sociología, aunque se la conciba como una ciencia imperialista, puede explicar los fenómenos económicos. Pero es que además nos encontramos con que hay sociedades para cuyo estudio los conceptos de la teoría económica o de la sociología no nos sirven, como los pueblos primitivos o las culturas de la Antigüedad, con lo cual tendríamos que introducir otra supuesta ciencia en discordia, que sería la antropología, que como “ciencia del hombre” también posee sus pretensiones imperialistas.

Si no aceptamos el imperialismo de una de estas ciencias en concreto, sino la validez parcial de cada una de las mismas nos encontramos con que el historiador puede utilizar los resultados y los métodos de esas ciencias débiles<sup>19</sup>, pero necesita integrarlos en un conjunto más amplio y ese conjunto es el del relato histórico, un *bricolaje* en el que cada uno de esos datos adquiere un sentido.

La historia no es, pues, ni economía retrospectiva, ni sociología o antropología retrospectivas. Es todo ello parcialmente y también algo más. El problema es que lo que le otorga su identidad es precisamente esa plusvalía. El conocimiento histórico es una estructura que se forma a partir de diferentes elementos. Los elementos adquieren su función en la estructura, y esa estructura en modo alguno puede ser definida como ciencia.

Pero aunque fuese ciencia, y más aun, en el caso de que lo fuese, lo que sería absurdo es la pretensión de que esa ciencia se fundamentase a sí misma, puesto que ya hemos visto que ni las ciencias formales, ni las ciencias naturales consiguen hacerlo. Y mucho más absurdo sería, siguiendo las huellas comtianas, que a partir de esa ciencia pudiese orientarse la acción política y la conducta moral de los seres humanos, lo que muchos historiadores aún continúan pretendiendo, como es el caso de Josep Fontana<sup>20</sup>.

El papel fundamentador de la historia corresponde a la historia teórica, que no puede ser una ciencia, porque la historia teórica, como decíamos, recoge una función que tradicionalmente venía correspondiendo a la filosofía, entendida no como un saber que es capaz de encontrar el fundamento último, sino como una actividad que es capaz de plantear los problemas de la fundamentación del conocimiento.

---

<sup>19</sup> Sobre ellas, en general, ver Scott GORDON: *Historia y Filosofía de las ciencias sociales*, Barcelona, Ariel, 1995 (1991).

<sup>20</sup> Ver sus libros: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982 y *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, Crítica, 1992. Sobre la sociología como ciencia imperialista ver la propuesta de Santos Juliá: *Historia social / sociología histórica*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1989.

La distinción entre filosofía como saber y filosofía como actividad fue establecida por Ludwig Wittgenstein. Lo que, aplicado a nuestro caso, quiere decir es que la filosofía no posee un método que le permita resolver todos los problemas que ella misma es capaz de plantearse. Ese método existe dentro de los marcos de cada sistema filosófico, pero, ante la pluralidad de sistemas en la historia de la filosofía y ante la falta de los mismos en el momento presente, parece claro que en el momento presente ningún sistema de este tipo es capaz de dar una solución coherente a estos problemas. Consecuentemente, y tal y como habíamos dicho, tampoco será el filósofo académico quien necesariamente esté capacitado para enfrentarse a ellos.

A la historia teórica le corresponde, pues, la labor de crítica del conocimiento histórico, en el sentido kantiano del término y en el sentido en el que Marx hizo también en *El Capital* la crítica de la economía política. Dicha labor consistirá en analizar la estructura interna de dicho conocimiento y en establecer sus límites, así como en plantear todos los problemas que se derivan de la relación entre ese conocimiento y otros similares, como los de las llamadas ciencias sociales, así como con el conjunto de los problemas clásicos de la filosofía, que en su mayor parte siguen en vigor tras 2500 años de tradición filosófica occidental, quizás porque sean inseparables de nuestra propia cultura.

El desarrollo de la historia teórica no sólo será inseparable del de las llamadas ciencias sociales, sino también del de la propia historia, y sobre todo del desarrollo de la historia de la historiografía. La historia de la historiografía supone la historización del propio conocimiento histórico, y por lo tanto su relativización, si no es entendida como una mera bibliografía retrospectiva (lo que ocurre en muchos casos). En ella se lleva a cabo el análisis de las obras de los historiadores del pasado y de sus vidas, encuadrándolos en las visiones del pasado que la propia historia nos proporciona. En este sentido la historia de la historiografía no niega ni trasciende la historia, sino que parte de ella y la eleva a un grado mayor de abstracción, haciéndola consciente de su carácter relativo. Ambas constituyen una simbiosis: la historia proporciona los datos y los contextos en los que se desenvuelve la actividad metahistoriográfica, y esa actividad contribuye a mejorar – al hacerlo dudar de sí mismo – el conocimiento histórico.



Por encima de la historia de la historiografía, a un nivel mayor de abstracción, se hallaría la historia teórica, que, al contrario que la historia de la historiografía, no es descriptiva sino analítica. La historia teórica no describe hechos, sino que analiza problemas, y esos problemas los constituye la estructura del conocimiento histórico a sus diferentes niveles, que siguiendo el esquema kantiano serían los de sensibilidad, imaginación, entendimiento y razón históricas. Dichos problemas no pueden ser planteados al margen de los problemas filosóficos generales, que no sólo afectan a la historia sino también a las distintas ciencias y a las llamadas ciencias sociales. Y todos esos problemas se entroncan además en el *lebenswelt*, en el mundo de la vida que, como destacaron Husserl y Heidegger, es en donde se entronca toda la problemática filosófica, y en donde ella alcanza su sentido. Es en ese mundo en el que se enraízan los problemas éticos, que, como hemos visto, forman parte esencial del conocimiento histórico.